

El pintor del mar y el bebedor de viento

Abdurahman Waberi (Yibuti)

Habito con indolencia la ruina que soy.

Louis Calaferte

Uno es pintor del mar por vocación, el otro es bebedor de viento por desidia; ninguno de los dos tiene empleo. Badar y Dabar son amigos de un escultor de sueños tan harapiento como ellos. Cuanto más se ven, menos ven al resto de la sociedad. Los otros son movilizados en defensa del país. La guerra incivil castiga los alrededores. Pero Badar y Dabar piensan distinto, y con razón: los otros no les llegan ni a los talones. Uno es pintor del mar; el otro, bebedor de viento. A puerta cerrada balbucean sus preocupaciones. Desde la tenue luz matinal hasta el anochecer, viven pendientes del objeto de su creación. El escultor vigila con cierto regocijo la trayectoria artística de sus compinches, y les da lecciones de dignidad: una camisa limpia, un porte impecable, una sonrisa cordial, una comunión total con el entorno... ¿Quién daría algo por las creaciones de Badar y Dabar?

Ellos evocan ese dolor compartido que se arraiga en la desesperanza y que trastorna al país. Y ese hombre que telefona desde Canadá cada vez que él está borracho, cada vez que ha bebido hasta no poder más. Y ese intelectual semiinconsciente que despotrica contra los arraigados atavismos de su sociedad, que murmura una vida abortada, un sueño trunco, un susurro de vida, una vida curtida bajo el sol patriarcal. Y la luna calva que sonríe malvada, la luna de los ojos de azafrán.

El bebedor de viento compuso un *sketch*, o un sainete, como él le llama, titulado *Étude du khat en ré mâcheur*.¹ Nadie entendió nada, ni siquiera el pobre, pequeño juego de palabras. ¡Pobre bebedor de viento, que ambiciona escribir un réquiem con motivo del quinceavo aniversario del país! ¿Para qué carajo componer, si de todos modos nadie escuchará? ¿Por qué arruinarse la salud? Si está triste, sólo le resta agotar sus lágrimas. Por lo demás, tanta gente está triste aquí (y en otros sitios). Sólo le queda perderse, sólo le queda arrastrarse lentamente hasta su cama para esperar dormido la bella muerte.

¹ *Estudio para khat en Re Mascador*. El autor propone un juego de palabras entre *majeur* (mayor) y *mâcheur* (mascador), imposible de recuperar en la traducción al español.

El escultor trabaja en el centro del barrio. Con su machete talla duros troncos, para luego dar forma a una serie de bustos venerables. Quisiera reunir a todas las personas que han sido importantes para este país. Había optado por un arte útil. Lucharía con la luna, de ser necesario, con tal de representar la acidulada humedad del eterno verano. Unas nalgas por aquí, un torso y una curvatura por allá, el perfil de una pantorrilla, y un busto que despunta bajo la tela... Todos los hijos del país están viniendo al mundo sin adornos ni florituras. ¿Quién dijo que se podía morir de desesperanza? En todo caso, el escultor se vuelve útil en estos tiempos de guerra incivil. El escultor trabaja mientras espera la paz. Y la leche dulce de la paz.

Uno es pintor del mar; el otro, bebedor de viento. Su único amigo es un escultor de sueños que sabe volverse útil. Son trabajadores cesantes, ansiosos por devorar la vida a dentelladas. Pero los tiempos difíciles han demacrado el rostro del país. La guerra incivil cobra aspecto de apocalipsis bajo el sol patricida.

En los momentos graves de la historia, la palabra se desmorona, la seguridad se tambalea; se atiende sólo lo más urgente, es decir, la supervivencia en cualquier entorno (incluso en una ciénaga donde la luna ya no brilla, donde el sol imperial se ha quedado mudo). No esperen que Badar, Dabar y el escultor Nadar se retracten, hace mucho tiempo han dejado la palinodia. Están hechos de una pasta sincera. Simplicidad granítica.

“La naturaleza nos dotó de un temperamento de fuego, tenemos la sensibilidad a flor de piel”, dice Badar, mirando desdeñosamente a Nadar.

“Qué esperabas, es el privilegio de los débiles”.

“La lacra de los poderosos se arrebuja en su altivez, ¿no es así?”, observa Nadar, burlón y a la vez maligno.

“Quien se tira un pedo no necesita soplar, como diría mi difunto abuelo”.

“No filosofes, Badar”.

“No estoy filosofando. Hablo a la manera en que escriben algunos autores africanos que imitan a Chinua Achebe”.

“Ellos no nos importan. Tienes que hablar como Nadar y yo, y no como un viejo libro editado con el apoyo de la ACCT, o por la Edicef”.

“Quien se pone de pie no necesita apoyar el culo en una silla”.

“Cuando vuelvas a nosotros, podremos trabajar, amenaza Dabar”.

“Te recuerdo que tienes un cuadro a medio hacer”, dice Nadar.

Ciertamente no hace falta que todos hablen del mismo modo, ¿pero debemos por ello multiplicar los idiomas al infinito? El país ya cuenta con cuatro lenguas: dos son oficiales por ser extranjeras (el francés para la distinción, el árabe para el dinero del Golfo), y dos son nacionales por ser autóctonas.

En un polvoriento patio trasero, desechos, pedregullo y chatarra se amalgaman y se funden para formar bloques de antracita que son mitad tótem, mitad herramienta. Nadar esculpe y Badar pinta, mientras Dabar observa y hace preguntas.

“¿Qué haces?”

“Estoy pintando”.

“¿Qué pintas?”

“Mesetas cercadas por enormes fallas, dentro de las llanuras desmoronadas de más mesetas y cadenas basálticas”.

“¿Pero qué más?”

“Setenta por ciento de humedad”.

“¿Cómo es eso?”

“Querido Dabar, mis cuadros están vivos, respiran, inhalan y exhalan dióxido de carbono, como las esculturas de Nadar, o como tú y yo”.

“¿Pero qué más?”

“De octubre a abril es la estación fresca (25 grados), de mayo a septiembre es la temporada tórrida, insoportable incluso para los nativos: 45 grados”.

“Por Dios, ¡es un informe meteorológico!”

“Mejor aún, es mi pintura: un hábitat pletórico de vida”.

“¿Pero qué más?”

“Bueno, digamos que las lluvias son escasas e irregulares”.

“Me sorprendes día a día”.

“¡Ya está! El cuadro está terminado. Haz de cuenta que eres subastador, obsérvalo con un ojo experto, no dejes nada al azar, ni el mensaje iconográfico, ni la emoción estética, ni tampoco la dimensión a posteriori ideológica de la obra inacabada. Vamos, espero un veredicto, dime qué piensas de él”.

“Déjame amerizar, al menos”.

“Arriesga una opinión”.

“Decididamente, tú siempre me sorprenderás. No puedo ver tu bendita pintura, y además no sé nada de arte. Me hablas como un folleto turístico y me pides que juzgue algo invisible.”

El pintor de las piernas de baguette ha dejado de tomar a su amigo por un crítico de arte. Ellos vuelven a sus discusiones de antaño acerca de esbirros bien pagos, de brazos armados que se alzan, de humanidad vulnerada. Quién pudiera leer el mañana en la palma abierta de hoy. El cielo se funde con la tierra: oscurece. La noche cae.

“En todo caso, una cosa es cierta; somos el fracaso de la metáfora y la frustración del autor”. Nadar es el primero en abrir fuego.

“¿Debemos por eso condenarnos a la automutilación y al silencio?”

“Sin embargo, nada es más reconfortante para el pueblo que no tener ninguna opinión. Es la amarga verdad”.

“Rimbaud buscaba un Yo que fuera Él y Otro a la vez. Nosotros estamos en busca del Yo en el Nosotros indiferenciado. ¿No es así, Badar?”

“Nuestras ociosas discusiones resultan irrisorias cuando por todas partes se alzan brazos armados. Los Pol Pot locales afilaron sus machetes hace tiempo”.

“Jefes con cascos o turbantes, parecidos a Hissène Habré, émulos de Afghan Massoud, copias de Jonas Savimbi o de John Garang, Mad Max locales que sólo desean destruir el poder de los jefes de clanes y otros avunculados”.

“Mil temporadas en el infierno. Mil temporadas infernales han desfilado ante nosotros. Hemos vencido a Rimbaud”.

“Se revolcaría en su tumba si se asomara al umbral de nuestro país”.

“Deja ya a tu Rimbaud. El poeta ardenés no podría importarnos menos”.

“Y tú, ¡calla tu estridente risa de rana!”

“¿No crees que podríamos convocar a Dante?”, pregunta Nadar, que no ha perdido nada de su humor negro.

“Por supuesto, si ya vivimos en el tercer mundo del tercer mundo”.

“Sí, sólo debemos enviarlo a la frontera con Somalia”, añade Dabar, con los labios apretados.